

UNIVERSIDAD DEL ROSARIO  
SEPTIEMBRE DE 2020

**EDITORIAL UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**

Dirección: Cra.7 # 12B-41, oficina 501  
Teléfono: (57-1) 2970200, ext. 3114  
<http://editorial.urosario.edu.co>

**COMITÉ EDITORIAL DE ESTA EDICIÓN**

**UNIVERSIDAD DEL ROSARIO**

Juan Felipe Córdoba Restrepo

**COORDINACIÓN PUBLICACIONES PERIÓDICAS**

Tatiana Morales Perdomo

**CONSEJO DE EDICIÓN**

Juan Carlos Ruiz Hurtado  
Diego A Garzon-Forero  
Libardo Antonio Bernal Castillo

**CORRECCIÓN DE ESTILO**

Lina Morales

**DISEÑO, ILUSTRACIÓN Y FOTOGRAFÍA**

Miguel Gerardo Ramírez Leal  
Kilka Diseño Gráfico



Editorial U.Rosario  
**Difusión**

REFLEXIÓN

# Literatura como lienzo para la teoría



**Carlos G. Patarroyo G.**

*PhD en Filosofía. Profesor y decano de la Escuela de Ciencias Humanas de la Universidad del Rosario. Presidente de la Sociedad Colombiana de Filosofía y de la Sociedad Interamericana de Filosofía.*



Hace un par de años me encontraba dando una charla acerca de uno de mis temas favoritos de investigación: autoconocimiento y autoengaño. Para describir las diferentes teorías filosóficas que se incluían en mi charla acerca del fenómeno del autoengaño utilicé como recurso ejemplos de la literatura: *Novela de ajedrez* de Stefan Zweig, el cuento *Gimpel, el tonto* de Isaac Bashevis Singer y la obra *Timón de Atenas* de William Shakespeare (Patarroyo & Muñoz, 2019). Al terminar la charla, en el intercambio de preguntas y respuestas, una colega pidió la palabra y me lanzó la siguiente pregunta: “¿Por qué has usado ejemplos tomados de la literatura?”. El autoengaño es un tema estudiado tanto por la filosofía como por la psicología, y desde esta última hay acceso a un sinnúmero de casos de pacientes reales que presentan los síntomas de lo que, debatiblemente, podría llamarse autoengaño. La pregunta de la colega probablemente provenía de una cierta sorpresa al ver que no había acudido a ninguno de esos casos reales y me había decantado por historias ficticias.

He de reconocer que hasta ese momento nunca había reparado en ello. Para la filosofía es una práctica común acudir a la literatura como herramienta esclarecedora, como lienzo en el cual aquello que el argumento que uno desea defender encuentra manera de ejemplificarse, de materializarse. Las referencias a Shakespeare hacen parte fundamental de las obras de muchos filósofos a lo largo de la historia, entre ellos Lichtenberg, Hamann, Voltaire, Diderot, Herder, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche y Wittgenstein. *La Orestíada* de Esquilo, en especial *Las euménides*, es una referencia habitual en escritos sobre la filosofía del derecho; y *El hombre invisible* de Ralph Ellison lo es en los escritos sobre discriminación racial. Como estos habrá miles de ejemplos más, pero ello no hace más que poner el acento en la pregunta: ¿por qué el recurso a la literatura desde este tipo de debates? Mi respuesta, aún en construcción, he de admitirlo, es que la literatura nos permite enfatizar exactamente aquellos puntos que deseamos que nuestra audiencia (nuestro lector, nuestro público en la conferencia) tome en consideración sin distraerse por otros detalles. El personaje de una obra literaria, por complejo que intente diseñarlo su autor, siempre será más simple que un humano real. Y no solo él, o ella, sino sus circunstancias, su entorno,



también son más simples. El filósofo norteamericano Daniel Dennett, en un contexto diferente, parece defender una postura similar: “Piense en la versión cinematográfica de *Guerra y paz* y en el libro de Tolstoi; la versión cinematográfica contiene una inmensidad de detalles que de ninguna manera pueden serle *fieles* a las palabras de Tolstoi, ya que la ‘imagen pintada’ por él no entra en detalles que el cine no puede eludir (como el color de los ojos de cada uno de los actores)” (1969). Es esta simplicidad (sin ningún ánimo de ser peyorativo con la literatura, que en medio de esta simplicidad puede ser hermosamente compleja) la que resulta tan útil para *encarnar* un punto teórico, pues da cuerpo justamente a lo que se desea ejemplificar, sin traer ‘ruido de fondo’, sin distractores. El caso de un paciente real para ejemplificar alguna característica de una teoría filosófica puede traer consigo un sinnúmero de otros factores, circunstancias, coadyuvantes que de inmediato quitan fuerza al punto que se desea transmitir.

Me gustaría citar un ejemplo para dar fuerza a mi punto. La novela distópica es un género que se ha usado

incontables veces para ejemplificar advertencias acerca de los tiempos presentes. A diferencia de las utopías (en donde se presenta una sociedad ideal, mucho mejor y más avanzada que la presente), la *distopía* es esa sociedad que, pese a su aparente orden y evolución, encierra algo inaceptable. Es la imagen de una sociedad que, de lejos, se ve como utópica pero que al acercarse, al verla más de cerca y conocer su funcionamiento, hiede a podredumbre (usualmente de orden político). De los miles de ejemplos de novela distópica que nos ofrece la literatura, dos son sin duda alguna las novelas más emblemáticas del género: *1984* de George Orwell y *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. El mundo de Orwell es un mundo en el que un Estado totalitario ha impuesto su voluntad a punta de fuerza y represión. Se han instalado ‘telepantallas’ en todas partes (incluso en los hogares de cada individuo), no para que la gente las vea, sino para que la pantalla misma observe y vigile lo que ocurre (este es el ‘gran hermano’, siempre vigilante). Es un Estado de dominio en el que el gobierno tiene un ministerio encargado de ‘reescribir’ la historia; revistas

viejas, periódicos y fotografías son destruidas y reescritas o retocadas para que lo que consignen siempre concuerde con la postura oficial, porque el gobierno jamás se equivoca. Si predijo en febrero un aumento de las cosechas del 20 % para agosto, pero resultó ser solo del 12 %, el gobierno no admite su error, sino que cambia todo documento histórico para que la predicción inicial quede consignada como del 12 % y el gobierno, entonces, se vea como infalible. Toda trasgresión se penaliza con la muerte y, a punta de miedo y terror, todo el mundo se convierte en un informante del gobierno, porque quien omite reportar una trasgresión es penalizado tan severamente como el trasgresor.

El mundo de Huxley es muy diferente del de Orwell. La gente está dividida en tres clases sociales, los alfas, los betas y los gamas. Cada uno con funciones específicas. Y el control estatal no se da por medio de la fuerza. Toda reproducción se hace por fecundación *in vitro* y los bebés desde su nacimiento son puestos en cunas en donde un sistema de autoparlantes especiales repite constantemente mensajes para que cada cual acepte su posición social y no desee la de los demás (*hipnopedia* es el nombre que da Huxley a este tipo de ‘educación’). Así, la sociedad de Huxley es esencialmente feliz. Cada quien es lo que desea ser. Un beta no desea ser un alfa ni un gama, nadie envidia a nadie. A la vez, la única droga existente es llamada *soma* y es producida y distribuida libre y gratuitamente por el gobierno. Ante cualquier problema, ante cualquier preocupación, una dosis de *soma* alivia y relaja a los individuos. El *soma* no genera adicción ni tiene otros efectos secundarios, así que la gente lo consume con frecuencia y, gracias a él, se siente feliz. Nadie critica al gobierno, no hay revueltas ni revoluciones.

Neil Postman utilizó estas dos novelas en 1985 para criticar la transformación de la sociedad de ese entonces gracias al consumo indiscriminado de televisión. Esta crítica me parece que sigue siendo perfectamente vigente, pero aplicada al internet y a las redes sociales. Para Postman, el mundo orwelliano y el mundo huxleyano son ambos nefastos, pero mientras el primero es más fácil de identificar y rechazar, el segundo perfectamente puede pasar desapercibido: “La devastación espiritual provendrá más fácilmente de un enemigo con rostro amistoso que de uno cuyo aspecto exude sospe-

cha y odio. En la profecía huxleyana el Gran Hermano no nos observa por elección suya; nosotros lo observamos por la nuestra” (1985, p. 155). Como el *soma* que se toma voluntariamente y no por la fuerza, la gente accede voluntariamente a aquello que la controla. Este mundo no tiene ‘telepantallas’ instaladas por el gobierno en cada casa, sino que hemos sido nosotros quienes voluntariamente las compramos y permitimos que nos vigilen (llámense celulares o los asistentes electrónicos que escuchan todo lo que hacemos y recolectan nuestra información, como Alexa y Siri). No es la represión ni la fuerza, sino el entretenimiento el que ha sido la puerta de entrada a nuestras vidas, a nuestra vigilancia, a nuestro encierro. El entretenimiento también banaliza y naturaliza lo más terrible, de manera que no nos importe. En otras épocas un caso como Watergate tumbó al presidente Nixon en Estados Unidos. Hoy en día, el bufón de Trump, que desde que expresó sus aspiraciones presidenciales hace ya más de cinco años se convirtió en el chiste y fuente de diversión de los medios, ha hecho cosas mucho peores, pero la gente se ha desensibilizado y la risa que le produce es como un tónico... como el *soma*.

Postman hace la comparación con la sociedad escrita por Huxley para sacar a la luz un elemento esencial: “La conciencia del público no ha asimilado aún el punto de que la tecnología es una ideología” (1985, p. 157). No tengo el espacio para debatir a fondo la crítica de Postman, ni su propuesta de resistencia a este *atontamiento colectivo*. Baste por ahora simplemente con que el lector se pregunte si el punto de Postman habría sido tan fácilmente comprensible de no haber hecho uso de la referencia a Huxley y Orwell. Sin duda el mismo punto es explicable sin recurso a la literatura. Pero la literatura lo hace más cercano, más identificable, más empático y más simple.

## Referencias

- Dennett, D. (1969). *Content and consciousness*. Humanities Press.
- Patarroyo, C., & Muñoz, C. A. (2019). Autoengaño e interacciones sociales. *Revista Letral*, (21), 241-257.
- Postman, N. (1985). *Amusing ourselves to death*. Penguin.